

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy las tres lecturas se refieren a la fiesta que celebramos: el misterio de esa multitud innumerable de personas que ya gozan de Dios y siguen en comunión con nosotros. Es una fiesta que nos transmite alegría y optimismo. No es nada extraño que haya calado muy hondo en la sensibilidad del pueblo de Dios, junto con el recuerdo de los difuntos el día de mañana.

Las innumerables personas que ya gozan de la plenitud de vida en el cielo son nuestros hermanos. De la mayoría no conocemos los nombres. Algunos, pocos en comparación con la muchedumbre de los bienaventurados, han sido canonizados o beatificados, reconocidos por la Iglesia en su "Martirologio" y propuestos como modelos de vida cristiana. De ellos, a algunos, también muy pocos en comparación con los varios miles del Martirologio, se les rinde culto oficial en la Iglesia universal o en las particulares: son los que aparecen en el Calendario litúrgico.

Hoy celebramos a todos, no sólo a los que constan en las listas oficiales, sino a los que están en la lista de Dios, que son muchísimos más. Nuestra contabilidad no tiene ni punto de comparación con la de Dios. El prefacio de hoy afirma que son "nuestros hermanos", "los mejores hijos de la Iglesia" y que "en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad".

Son personas como nosotros. Han tenido los mismos oficios y las mismas dificultades y tentaciones, pero han seguido a Cristo, viviendo su evangelio, y ahora gozan de la plenitud de la vida en Dios. Entre ellos, están la Virgen María y Santos más importantes y conocidos, la copatrona de la Arquidiócesis, el patrono de la parroquia, los fundadores de comunidades religiosas, los que aparecen en los altares laterales de nuestras iglesias. Otros, la mayoría, nos son desconocidos, pero han tenido el mérito de una fe sufrida, humilde, y que ahora gozan de Dios. Entre ellos, seguramente, familiares y conocidos nuestros.



Estos Santos se puede decir que son el mejor éxito de Cristo Jesús. Son miles y millones de personas que le han seguido fieles a lo largo de los siglos y han dado testimonio de él con su vida.

El canto de júbilo de los salvados es también el nuestro: "la victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero, Cristo Jesús". Por su número y porque han demostrado que es posible vivir según el evangelio de Jesús, los Santos son dignos de que celebremos su fiesta, y que se convierta su fiesta en alabanza de Cristo, porque ellos son el mejor fruto de su Pascua.

La visión optimista del Apocalipsis, con las multitudes que describe, de toda raza y condición, unidas a los miles y miles de ángeles, nos llena de orgullo y de estímulo. Ha habido muchísimas personas buenas que han tomado en serio su fe y su vida cristiana. Ellas representan para Cristo su mejor victoria y, para nosotros, un estímulo y una garantía de que sí es posible cumplir el estilo de vida de Jesús.

Los Santos no han sido ángeles o héroes de otro planeta: son personas que han vivido en este nuestro mundo, en tiempos tan difíciles o más que los nuestros ("vienen de la gran tribulación"). Poco ayudados generalmente, como nosotros, por el ambiente. Pero han amado. Se han esforzado. Han realizado en sus vidas el proyecto de vida de Cristo, sus bienaventuranzas.

En un mundo en que no abundan ni las noticias positivas ni los modelos de vida coherente, vale la pena subrayar lo que representan los Santos: un regalo de Dios a la humanidad, el mejor don del Espíritu a su Iglesia. Es bueno que hayan aparecido y sigan apareciendo carismas, instituciones y movimientos: pero sobre todo podemos alegrarnos de que el Espíritu Santo nos regale personas santas, que son la mejor gloria de la familia cristiana y hasta de la humanidad. Hayan sido o no importantes, hayan dejado o no grandes obras escritas o fundado familias religiosas, o hayan vivido sencillamente, desconocidas de todos menos de Dios, dando un ejemplo de entereza y generosidad.



Estas personas son las que nos devuelven la fe en el género humano. Muchos van obteniendo premios y medallas por sus éxitos deportivos o artísticos o culturales. Y es muy bueno que así sea, porque vale la pena premiar a los que enriquecen de alguna manera a la humanidad. Pero hoy podríamos pensar que los que merecen más premios y homenajes son estas personas, famosas o desconocidas, que han cumplido su carrera recibiendo los aplausos de Dios y ennobleciendo a la humanidad entera.

El que últimamente se hay realizando tantas beatificaciones y canonizaciones, tiene esta finalidad: que puedan alegrarse todos, en la Iglesia universal o en las Iglesias locales, de que el Espíritu sigue enriqueciendo a su comunidad del don de la santidad, y así pueden mirarlos como modelos e intercesores más cercanos.

Papas y niños, mártires y religiosos, fundadores y laicos, reyes y sencillas madres de familia, misioneros y personas que han pasado años en su lecho de enfermedad, doctores de la Iglesia y humildes legos de un monasterio desconocido: los Santos nos están demostrando que es posible cumplir el evangelio y programar la vida según Dios. No son teorías, son modelos vivientes y cercanos.

No hace falta que todos hagan milagros. Que dejen escritas obras admirables. Muchos se han santificado en la vida normal de cada día. Y ahora experimentan en plenitud la felicidad que Cristo prometió a los que le son fieles.

Sobre todo, nos han enseñado que las bienaventuranzas de Cristo siguen teniendo todo su valor. Es el camino que ellos han intentado seguir: la humildad, la pobreza, la apertura a Dios, la búsqueda de la verdad y de la justicia, la pureza de corazón, la actitud de misericordia, el trabajo por la paz, la entereza ante las tentaciones y las dificultades.



Ese camino nos lleva a la felicidad y a la vida: "cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal es". Vale la pena que nos dejemos animar, en la fiesta de hoy, por el ejemplo de todos estos Santos. Que le demos gracias a Dios porque también en nuestro tiempo sigue regalando esta clase de personas que nos devuelven la confianza en la humanidad y en la Iglesia.

Sintiéndonos ayudados por esta multitud de Santos, podemos dar gracias a Dios, en el prefacio: "nos concedes celebrar la gloria de tu ciudad santa, la Jerusalén celeste, que es nuestra madre, donde eternamente te alaba la asamblea festiva de todos los Santos. Hacia ella, aunque peregrinos en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y gozosos por la gloria de los mejores hijos de la Iglesia: en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad".

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador